

Yo estoy construyendo una catedral

El vicerrector de Formación e Innovación docente de la Universidad Autónoma de Barcelona, **José Luis Muñoz Moreno**, me invitó a pronunciar la conferencia de clausura de la VIII Jornada de innovación docente que convocó este año a más 350 profesores de la Universidad. Conferencias, mesa redonda, debates, experiencias... Asistí, al final, a la entrega de premios a la excelencia docente con modalidad individual y este año, por primera vez, con modalidad colectiva.

José Luis Muñoz es un pedagogo que ha hecho obligatoria la formación docente para todos los profesores y profesoras de su Universidad. Creo que es un acierto porque para enseñar no basta dominar los conocimientos de una disciplina y porque el profesor no nace, se hace. La enseñanza no causa automáticamente el aprendizaje. Hay en la UAB una preocupación profunda y eficaz por la mejora de la práctica docente. Es un signo inequívoco de su calidad.

El rector asistió a la conferencia en primera fila, dando ejemplo a sus docentes. No fue a hacerse la foto. Entregó los premios a la excelencia docente dando testimonio de lo que considera importante. No hay forma más bella y más eficaz de autoridad que el ejemplo.

La política universitaria castiga la docencia y privilegia la investigación. Cuando pedí mi sexto sexenio de investigación tuve que esforzarme para presentar, al menos, cinco publicaciones en revistas de primer nivel. Para acreditar la bondad de mi docencia en el último quinquenio fue suficiente con firmar un documento que me llegó del vicerrector de profesorado. Escribí entonces un artículo titulado 'Profesor, no pierdas el tiempo'. Con cierta sorna decía que preparar bien las clases, realizar prácticas y salidas con los alumnos, hacer una evaluación participativa y exigente, atender bien la tutoría... era perder el tiempo ya que los sexenios constituyen el eje de la carrera universitaria.

Una de las cuestiones que abordé en la conferencia fue la de los motivos por los que decidimos dedicarnos a la enseñanza. La palabra motivo procede del verbo latino *movere*, que significa mover, poner en movimiento o impulsar. Los motivos son las razones, los impulsos o las causas que mueven a la acción. Son importantes porque dan dirección y significado a lo que hacemos, dan energía y constancia. Es más fácil sostener un esfuerzo cuando hay una razón profunda detrás. Los motivos nos llevan a pensar y actuar de cierta manera.

Dos personas pueden hacer lo mismo pero con intenciones muy distintas y eso cambia cómo viven la experiencia y cómo la perciben los demás. Nuestros motivos reflejan valores, deseos, miedos y prioridades. Construyen identidad. Muchas veces la acción tiene sentido cuando conoces el motivo que la inspira. Los motivos influyen en los resultados, son centrales porque conectan la acción con la intención.

Hay motivos ricos para dedicarse a la enseñanza. Llamo motivos ricos a los que

Hay motivos ricos para dedicarse a la enseñanza. Llamo motivos ricos a los que tienen una dimensión altruista, solidaria, ética, relacionada con el aprendizaje de los alumnos y de las alumnas y la mejora de la sociedad



EL ADARVE

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA

Álex Zea



Alumnos en un colegio de Málaga este curso escolar.

tienen una dimensión altruista, solidaria, ética, relacionada con el aprendizaje de los alumnos y de las alumnas y la mejora de la sociedad. Es rico, por ejemplo, el motivo de querer formar no a los mejores del mundo sino a los mejores para el mundo. Es rica la idea de que no hay conocimiento útil si no nos hace mejores personas.

Hay motivos pobres, aunque legítimos y respetables. En este grupo podrían incluirse los motivos de ganar un sueldo que nos permita vivir, disfrutar de unas buenas vacaciones, conseguir prestigio social, sentir el estímulo de seguir mejorando el estatus académico.

Hay motivos espurios. La enseñanza es una de las profesiones en las que resulta fácil atribuir a otros el propio fracaso.

También entra en este grupo la posibilidad de ejercer de forma autoritaria el poder que encierra el cargo y la evaluación. Un profesora argentina me envió hace unas semanas una fotocopia con las respuestas de una alumna a las dos preguntas que le había hecho: ¿qué quieres ser de mayor? y ¿por qué quieres serlo? A la primera pregunta contestó: quiero ser maestra. Y a la segunda: porque me gusta regañar a los niños. Un motivo espurio.

Hay motivos enajenantes. Llamo enajenantes a los motivos que proceden de la voluntad ajena. La persona no elige voluntariamente sino forzada por un agente externo que tiene autoridad legal o moral. También incluyo en este grupo el caso de quien se ve obligado a tomar una decisión porque no tiene otra alternativa.

Los motivos ricos propician un desarrollo profesional rico. Los motivos pobres impulsan un desarrollo profesional pobre.

Dos personas pueden hacer lo mismo pero con intenciones muy distintas y eso cambia cómo viven la experiencia

Ahora bien, se puede comenzar por motivos ricos y empobrecerlos a través de un ejercicio profesional ramplón y, a la inversa, comenzar por motivos pobres y enriquecerlos gracias a una experiencia comprometida e ilusionante.

Cuando se estaba construyendo la catedral de Chartres pasó un viandante por las obras y preguntó a uno de los trabajadores:

¿Qué hace usted, señor?

Ya lo ve. Levantando esta enorme piedra, tan pesada, con este calor horrible. Estoy sudando, se me pegan las moscas con este calor insostenible.

Caminó unos metros y le hizo la misma pregunta a otro trabajador. Y este contestó:

Estoy haciendo una pared, colocando una piedra sobre otra. Con este calor tan enorme...

Le deseó al trabajador buena suerte. Siguió caminando y le preguntó a un tercer obrero qué estaba haciendo. Y este le dijo con orgullo, satisfacción y alegría:

¡Señor, yo estoy construyendo una catedral.

Los tres estaban haciendo lo mismo. En la misma obra, con el mismo sueldo, con el mismo calor... Uno estaba maldiciendo su trabajo, otro lo estaba soportando, el

tercero lo estaba disfrutando, le estaba dando sentido.

Los profesores de Secundaria eligen primero su carrera universitaria y, posteriormente, deciden realizar un máster para dedicarse a la enseñanza. Los profesores universitarios acceden a la docencia sin ningún requisito pedagógico. Hace algunos años dirigí en Chile la tesis doctoral de la profesora Ruby Miranda sobre los motivos por los que siete ingenieros habían decidido convertirse en profesores universitarios de ingeniería.

Los maestros y maestras tienen la oportunidad de hacer una elección clara ya que la carrera que tienen que elegir conduce de forma directa al ejercicio de la docencia en la etapa de Infantil o de Primaria. Bien es cierto que algunos estudiantes han hecho una elección por la carrera docente forzada por la imposibilidad de acceder a la carrera deseada al no haber alcanzado la nota de corte que se exigía en ella. Digamos que la han elegido 'de rebote'. No era esa su primera ni acaso su segunda opción y se han visto abocados a optar por los estudios de magisterio «contra su voluntad inicial».

Para estos profesionales de la enseñanza y para los que han sido obligados a ejercer la profesión docente por la decisión de otra persona o por el destino, quiero contar una historia. Se estaba haciendo la botadura de un barco en el puerto. Se había estrellado la botella de champán contra el casco. Las autoridades presidían la ceremonia mientras la banda municipal amenizaba la fiesta. Un chico que corría alocadamente tratando de no ser alcanzado por su perseguidor, tropezó con una bola de hierro y desapareció en el vacío. La gente se asomaba, asustada, comprobando que la profundidad era muy grande y que lanzarse al agua para salvar al niño suponía un gravísimo peligro. Los padres del niño, angustiados, gritaban:

Nuestro hijo se está ahogando. Por favor, que alguien se tire para salvarlo, nosotros no sabemos nadar.

Nadie se atrevía a lanzarse porque la profundidad era muy grande y el riesgo de perder la vida en el intento de salvar al niño, evidente. De pronto, un hombre, completamente vestido, se tiró al agua. Se hizo un silencio sepulcral. Algunos se acercaban al borde para ver lo que sucedía. El hombre braceaba con dificultad, empujando al niño hacia una zona de salida. Con un esfuerzo enorme, el hombre consiguió sacar al niño del agua. La gente, entusiasmada, gritaba entre aplausos:

El héroe, el salvador, arriesgó su vida...

Los aplausos hacia el héroe no cesaban. Y él, completamente empapado, le dijo en un susurro a la persona que tenía al lado:

Me gustaría saber quién ha sido el desgraciado que me ha empujado y me ha tirado al agua.

Pues bien, si alguien fue empujado a la docencia, ya que está en el agua, que salve a sus alumnos. Enseñar no es solo una forma de ganarse la vida; es, sobre todo, una forma de ganar la vida de los otros.

Hay motivos enajenantes. ■